

CONTESTO Y ME DEFIENDO, ACLARANDO ...

Teodoro Olarte

En el número 37 de la "Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica" aparecieron algunas referencias críticas a mi obra filosófica. Considero magnífica esta oportunidad para aclarar mi pensamiento al hilo de los dos artículos, titulados "El ser y el hombre: la metafísica al acecho" y "Teodoro Olarte, filósofo". El primero, del Dr. Luis Camacho y el segundo del Prof. Helio Gallardo, ambos colegas míos en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica.

El criterio de Camacho está inspirado en gran parte en su "logicismo", y el empleado por Gallardo viene engendrado, también en gran parte, por su dialéctica. Opino que las divergencias que estos leales filósofos anotan frente a mi pensamiento proceden en síntesis de que sus actitudes no coinciden con la mía porque ni soy logicista ni dialéctico, y esto no significa que no comulgue con determinadas tesis tanto del logicismo como de la dialéctica. Hoy contesto al Dr. Luis Camacho; otro día responderé al Prof. Helio Gallardo. Mi primera contestación se ceñirá a los siguientes puntos, los cuales creo que sintetizan honestamente los reparos que Camacho se sirve señalar a mi libro *El ser y el hombre*: a) Sobre el dualismo; b) la diferencia entre ente y ser; c) ontología y metafísica; d) unidad metafísica del hombre; y h) sobre el método de la Antropología Filosófica. Mi respuesta será tan escueta y clara como me sea posible.

Cuando yo creía que el Dr. Luis Camacho seguiría siendo mi inseparable compañero de viaje, me abandona después de aprobar tesis mías muy centrales. Al primer punto he de responder que nunca he vuelto al dualismo sencillamente porque no soy partidario del substancialismo como bien claramente consta a través de toda mi investigación, no soy partidario de la substancia completa ni mucho menos de la substancia incompleta. De lo que sí estoy convencido es de que el cuerpo y el alma son substantivaciones de funciones, y también estoy convencido de que el hombre posee un número mucho mayor de funciones para realizarse y de que estas funciones no son simples y distintas, sino mixtas y complejas. Valga lo anterior para refutar lo que Camacho afirma en una nota (4, p. 191) de que no me sirvo de argumentos psicológicos; para mí lo psicológico es la superficie de lo ontológico, lo cual nos impide hacer una abismal diferencia entre los dos niveles. Digan lo que digan Husserl y sus adeptos. Lo que acabo de aclarar significa una ruptura radical con el racionalismo tradicional; el hombre no es sólo ente racional. Paso al punto b. La coincidencia entre Camacho y yo se rompe definitivamente cuando yo introduzco "la diferenciación entre ser y ente. Se critica a la metafísica tradicional por confundir ambas cosas. Para ser sincero, debo confesar que no consigo ver distinción alguna" (p.187). Respeto la sinceridad, pero

no su información de la filosofía actual. Tal vez en la perspectiva del logicismo no aparezca la diferencia ontológica en su verdadero relieve, pero en la filosofía de la existencia lo tiene. Mediante esta diferencia ontológica se dilucidan conceptos tan trascendentales en metafísica como son: ser, ente, esencia, existencia. En la obra filosófica de Heidegger —sin que uno se declare completamente de acuerdo con él— hay que apreciar el valor de esta diferencia en toda su dimensión metafísica. Mi modo de pensar respecto del “ser” se puede sintetizar así: El ser el “lo idéntico de los entes”, en primer lugar; en segundo lugar, —lo que Camacho señala que “por desgracia no nos dice (OlarTE) qué es ese algo más”— el ser ha de entenderse como aquella *energía* que el ente “sea”, que sea capaz de hacerse “pre-sente”, de existir. Por ente entiendo que es *lo que es*, en otras palabras, una esencia actualizada (*in actu, ergon*). Por el ser la esencia se hace actual en la realidad, y por la presencia del ente (ser más esencia real) se puede establecer una jerarquía no tanto en el ser sino en el ente, hablando de los grados del ente y no del ser. Y el árbitro de esta ordenación es el hombre que actúa según su ser en devenir. Las diferencias y las afinidades entre metafísica y ontología pertenecen al dominio de la historia de la filosofía moderna; para contestar a don Luis, podría remitirme a esta historia, pero no quiero salir tan cómodamente del paso. “Se tiene en general la impresión de que los adjetivos ‘metafísicos’ y ‘ontológicos’ son equivalentes en las páginas de “El ser y el hombre”, hasta el punto de que se pueden intercambiar en todas las oportunidades en que aparecen. Por otro lado, no está del todo claro qué se quiera indicar o expresar con dicha designación, lo cual hace difícil precisar el verdadero alcance de la crítica a la metafísica tradicional” (p.87). El doctor Camacho deberá convenir en que las palabras “metafísica” y “ontología” portan conceptos casi unívocos si no del todo unívocos; basta hacer memoria de la invención del término “ontología” en el siglo XVII,

seguramente para eludir las connotaciones que por entonces ya arrastraba la “metafísica”. No ignoro la tendencia de diferenciar tajantemente los dos conceptos, como lo hace A. Muller en su *Introducción a la filosofía*, trad. de José Gaos; sin embargo, en esta diferenciación no ha sido seguido por muchos filósofos. Según el mencionado autor, la ontología tiene el destino de la descripción de los objetos” para las ciencias y para la filosofía. Nicolai Hartmann, en sus tratados “Fundamentos de Ontología” y “La nueva ontología” diferencia lo ontológico y lo metafísico, sin coincidir del todo con A. Muller. Mercier, el fundador de la Escuela de Lovaina, publicó una célebre obra, que en su tiempo tuvo una vasta y profunda influencia, titulada *Metaphysique générale ou ontologies*. Séame permitido seguir mi opinión por la cual considero que la ontología se halla más cercana a la “physis” y que la metafísica más allá de la “physis” y de la ontología dentro ambas, de la realidad, interpretada y operada por el ente llamado hombre o existencia. En realidad, no hago distinción real de lo ontológico y de lo metafísico.

Mi expresión “unidad metafísica del hombre” causa un escándalo intelectual en la mente del autor que comento. “De qué se habla cuando se menciona la unidad metafísica del hombre?” —se pregunta Camacho. La respuesta no es nada difícil: Se habla de la unidad de la persona. Afirmino que esta unidad es el punto de arranque de la reflexión filosófica sobre el hombre, reflexión que se apoya en determinados datos de nuestra experiencia, y a quien los utilice nunca osaría yo motejarla de “mentalidad corrompida por el positivismo”. La ontología del hombre que nos enseña que el ser del hombre es temporal, que está siendo, puede y debe ser el fundamento “de cosas más conocidas como la psicología, la antropología, la sociología, o cualquier otra ciencia” (p. 187).

Su escándalo —el del doctor Camacho— se pone al rojo vivo cuando en mi libro *El ser y el hombre* tropieza con

conceptos como los siguientes: Cuerpo como objeto metafísico; metafísica del sexo. Que de la metafísica del cuerpo se haya hablado a lo largo de toda la historia de la filosofía es cosa sabida por todos, lo que no significa que se haya hablado en el mismo sentido y que se hayan de aceptar hoy esas teorías; que basten las siguientes referencias en todo a algunos ilustres miembros: Platón que afirma ser el cuerpo, cárcel del alma; Aristóteles a través de su teoría hilemórfica; Tomás de Aquino aplicando esta misma teoría de la materia y de la forma, al hombre, precisamente en busca de su unidad ontológica; Leibniz con sus mónada y entelequias. Y para ubicarnos en nuestros días, será bastante citar los nombres de M. Merlau-Ponty, G. Marcel, Gusdorf... Tampoco se puede, señor Camacho, echar al olvido la accidentada historia de los tres enemigos mortales del alma; el demonio, el mundo y la *carne*, la que no puede confundirse con la que cuelga en las carnicerías. En todo caso, yo no sólo hablo del cuerpo sino también del cuerpo de cada uno.

El doctor Camacho se hace la siguiente sorprendente pregunta: “¿Qué cosa es semejante metafísica del sexo?” (p. 188). Claro que hilando muy delgado, podría pensarse de la física, de la fisiología y de otros aspectos del sexo, pero no entraba en mi propósito; sólo me propuse aludir a algunos problemas de la metafísica del sexo. Tal concepto y su expresión no son míos, y podrán leerse en numerosos autores que no sean logicistas, claro! Parte de la página 189 la dedica a sentetizar unos conceptos de logística, atención que agradezco pero que no lo necesito. Tomando a la metafísica del sexo, le aconsejaré al doctor Camacho que lea el capítulo III de “The destiny of man” por Berdiayev, donde el filósofo ruso establece, fundamentado en Freud y Bachofen, las bases de la mencionada metafísica. Añada a esa lectura la de Teilhard de Chardin: *L’Energie humaine*, en cuyas páginas se da al sexo una fuerza de “personalización”.

Mi objetante pretende (p. 190) que yo complete mi tesis —que ya está, por

otra parte, eso hecho en los distintos capítulos de la obra —por medio de la siguiente proposición: “Quienes han formulado las tesis de la metafísica tradicional lo han hecho por múltiples razones y desde una perspectiva social” (p. 190). Y termina dándome las recetas de C. Marx y Freud. No rechazo esas recetas por que implícita a explícitamente las tengo, y otras más. Quien lea mi libro las encontrará, determinadamente cuando hablo acerca de la metafísica del sexo”.

Se me antoja extraña la imputación en torno a mi actitud respecto a la mística, porque dice don Luis: Aunque se rechaza la mística en el sentido de que no se admite como camino posible dentro de la filosofía, se vuelve a caer en la mística: al llegar a puntos álgidos, la palabra “misterio”, poco filosófica, hace su aparición. Así tenemos: —el “misterio del ser” (p.50)— cuestiones misteriosas, vgr. la del absoluto (p. 46), la del problema del ateísmo”. La primera frase se inscribe como el resultado de una serie de interrogantes con que comienza el capítulo “Qué es eso del ser”, y el primer párrafo termina así: “Con harta razón se ha hablado del misterio del ser”. Con esto hay derecho a afirmar que recorro a la mística como camino del filosofar? ¿Creo que esto es demasiado! Ciertamente, yo vínculo lo absoluto a lo místico, lo absoluto filosófico a lo místico como sostén de aquél, pero como lo sostiene tan mal, rechazo lo absoluto y el absoluto desde el punto de vista filosófico. También hablo de misterio respecto al ateísmo, pero en la acepción de “difícil explicación”, en el mismo sentido en que se lee en Xavier Zubiri en *Naturaleza, historia y Dios*. ¿No lo cree misterioso, también? Y continúa: “Y muchas de las afirmaciones acerca del protoplasma no dejan de ser misteriosas” (p. 191). Coincido en esto con don Luis. Pero mis afirmaciones pasan a ser hipótesis y su misterio corre en la cuenta de la ciencia biológica, la misma que echó por tierra la teoría clásica del hilemorfismo aristotélico y escolástico y hasta neoescolástico. Habremos de esperar que aclare los

mencionados misterios. Como los experimentos del Dr. Alexis Carrel anularon la teoría de la materia y la forma substancial.

Es cierto que el método de la antropología filosófica no puede ser el de la ciencia, pero no puede ser *contra* la ciencia; la ciencia puede llegar a ser la Physis, sobre la que se fabrique la filosofía del hombre, la metafísica del hombre. La antropología filosófica implica el conocimiento de un ser dinámico que posee un a priori y un a posteriori por los que se hace. El ser del hombre *se va expresando* en todo lo que viene siendo. En el se conjugan *evolutivamente* ese a priori y ese a posteriori, teniendo como inmutable el criterio de que las formas a priori no son inmutables, sino temporales, puesto en devenir.

Exigir un método, un único método para la antropología, carece de sentido.

La idolatría del método va amainando desde hace unos diez años aproximadamente. El único método que perdurará será ir a las cosas, ir al hombre como fuente de explicación de sus obras que "devienen". La antropología filosófica es el complejo de todas sus posibilidades, dados sus a priori, sobre los ya hechos humanos, entre los cuales, está la construcción de la metafísica tradicional y de la ciencia hecha hasta aquí pero nunca *consumada*.

Creo que ya he contestado las objeciones esenciales que el Dr. Camacho ha hecho de mi libro *El ser y el hombre*. No trato de convencerlo, sino de defenderme con honestidad y paciencia. La única diferencia grave que encuentro en su crítica es el análisis de la substitución del "ser en cuanto ser", objeto de la metafísica tradicional, por el "ser del hombre" analizado desde el capítulo once en adelante por mí.